

¿Es nuevo este odio?



JORDI NADAL

JORDI NADAL

01/09/2020 00:50 | Actualizado a 01/09/2020 02:05

Ustedes también notan una especie de ganas de oír tambores de guerra? ¿O son imaginaciones mías? ¿Qué nos pasa que parece que casi todos (o, en todo caso, demasiadas personas) tengan tantas ganas de sacar la artillería? ¿De dónde sale tanto resentimiento y frustración?

¿Qué ha pasado para que antes fuese visto como un logro personal que alguien saliese del armario y ahora, en cambio, lo que parece que muchos buscan que salga del armario son las escopetas?

Las cosas que nos pueden salvar son la cultura, el trabajo y la justicia

¿Es nuevo este odio?

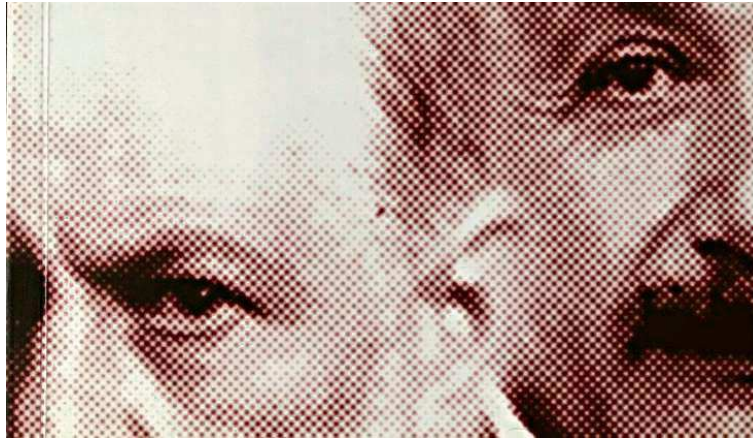
En verano de 1932 Albert Einstein (joven, pero ya premio Nobel desde 1921) escribió una carta a Sigmund Freud preguntándole por qué a los humanos parece gustarnos tanto la idea de ir la guerra. El título de esta actualísima obra es *¿Por qué la guerra?*, editada, con una valiosa introducción, por Minúscula.

No toca ahora resumirlo todo, pero quedémonos con que la obra habla de palabras clave como *fuerza, violencia, derecho*, y que aprendemos cosas tan sensacionales como a saber ver que la violencia, en lugar de matar al enemigo, se limita a subyugarlo.

Hay demasiada gente ofendida con demasiadas cosas. Así no es fácil llegar a tener una vida en común segura, aquella a la que Francesc Macià (1859-1933) aspiraba cuando deseaba para los ciudadanos “la caseta i l’hortet”, ese proyecto social y político que deseaba para todo el mundo una pequeña propiedad que permita disfrutar de algo tan valioso como tener raíces. Tener raíces no debe equivaler a estar mal anclado en el terruño con el garrote a punto como única forma de comunicación para todo aquello que no entendamos o no nos guste.

Freud, en una brillante respuesta a la no menos extraordinaria misiva de Einstein, le escribe: “Hemos visto que una comunidad humana se mantiene unida merced a dos factores: el imperio de la violencia y los lazos afectivos...”. Pero la clave de todo el asunto es, en palabras del

psiquiatra vienés, lo siguiente: “Debería añadirse aquí que es preciso poner mayor empeño que el empleado hasta ahora en educar a una capa superior de seres humanos, dotados de pensamiento independiente, inaccesibles a la intimidación, que breguen por la verdad y a los cuales corresponda la dirección de las masas dependientes”.



DETALLE DE LA PORTADA DE '¿POR QUÉ LA GUERRA?'

Casi nada. Se ruegan voluntarios.

1932 es un momento inquietantemente similar a nuestra crisis actual. En un brillante artículo del *FT Weekend*, “The everyone economy”, Martin Sandbu, el analista de la economía europea de este gran medio, analizaba tres tipos de respuesta a la enorme crisis que significó el crac de 1929: una, el modelo escandinavo: patronal y sindicatos pactan; dos, el modelo new deal en Estados Unidos, dinero público y salgamos adelante; tres, el modelo populista y fascista del nazismo, cuando en 1933 Hitler llegó al poder. Atentos a las estrategias cuando las placas tectónicas se mueven. Pueden ser distintas. Respuestas distintas ante los mismos problemas dan realidades distintas. Algunas, admirables. Otras, terroríficas y execrables.

Freud lanza un pensamiento que estremece. “¿Por qué nos indignamos tanto contra la guerra, usted y yo y tantos otros? ¿Por qué no la aceptamos como una más entre las muchas dolorosas miserias de la vida? Parece natural; biológicamente bien fundada; prácticamente casi inevitable”.

Cuando uno lee esto, y también los periódicos, surgen interpretaciones de la realidad. Nos brota una especie de inquietud que no se aplaca fácilmente. Nos entran ganas de pensar en soluciones. De repente, quisieras empezar a repartir la riqueza de Jeff Bezos para que todo el mundo tenga *la caseta i l'hortet*. Pero, antes de que eso pase, antes de que se diseñe un sistema de impuestos probablemente más acertado, habrá que diseñar también un sistema de responsabilidades individuales y colectivas para que las personas no nos encallemos en solo querer repartir lo de los demás.

Una solución bastante aceptable sería leer esta reflexión final de Freud en este magnífico libro (que, insisto, son solo dos cartas, pero qué dos textos y de qué dos personajes):

“¿Cuánto deberemos esperar hasta que también los demás se tornen pacifistas? Es difícil decirlo, pero quizá la esperanza de que la influencia de estos dos factores –la actitud cultural y el fundado temor a las consecuencias de la guerra futura– ponga fin a los conflictos bélicos en un plazo limitado no sea utópica. No es posible adivinar por qué caminos o rodeos se logrará este fin. Por ahora solo podemos decirnos: todo lo que impulsa la evolución cultural actúa contra la guerra”.

¡Las cosas que nos pueden salvar son la cultura, el trabajo y la justicia! Sin todo esto, sin educación y ascensor social, estamos perdidos.

Y por eso, para terminar, creo que toca nombrar a otro genio, algo más cercano: “El sentido de la vida? Aquí lo tenéis, el sentido de la vida... que todo el mundo se apropie de su zurrón y de su escopeta y salga a la caza de las melodías de este mundo, que siempre vuelan más altas”.

Lo dijo Josep Pla. Leerle no sé si nos hará más pacíficos, pero sí menos resentidos.